**DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO. CICLO A**

Las lecturas de hoy nos ayudan a purificar nuestra imagen de Dios, a darnos cuenta del maravilloso e insondable misterio de Amor ante el que nos encontramos: “Porque mis planes no son vuestros planes,
vuestros caminos no son mis caminos”, nos dice la primera lectura (Isaías 55, 6-9).

Nuestros planes a menudo son demasiado mundanos. Si no nos trabajamos interiormente, todos tendemos a seguir un principio básico: hago lo que me gusta, dejo lo que me disgusta. Sin atender a más principios éticos o morales. Este es el imperativo que marca nuestro cuerpo, su ley inexorable. Solo cultivando nuestra espiritualidad y buscando activamente a Dios en nuestra vida, podemos contrarrestar esta fuerte tendencia e ir más allá de nuestra necesidad de comodidad y placer y salir al encuentro del prójimo e ir por caminos de donación y entrega desinteresada. Solo cultivando nuestra espiritualidad podemos dejar de vivir esclavos de nuestras bajas pasiones y adicciones y ser libres para amar.

Los caminos de Dios no son nuestros caminos y la lógica de Dios no es nuestra lógica, como vemos en el evangelio (Mt 20, 1-16), donde el amo de la viña, que simboliza a Dios, paga lo mismo al vespertino que al mañanero.

A todos paga lo mismo, porque el pago es su infinita Misericordia. Dios no nos quiere porque nosotros seamos buenos, o porque hayamos acumulado méritos para ello, como creían Maestros de la Ley y fariseos. Dios no nos quiere porque nosotros seamos buenos, sino porque Él es bueno. Él es Amor incondicional, gratuito, desinteresado y eterno. Así es Dios, y eso es lo que trata Jesús de demostrar con la parábola de hoy.

Cuando uno descubre este Dios-Amor maravilloso que se ha manifestado y se ha hecho de carne en Jesús, no puede menos que afirmar, como San Pablo: “Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia”.

Hermanos, abramos el corazón a esta vida de Cristo que se nos regala en cada eucaristía y vivamos insertos en ella. No hagamos planes mundanos. Solo hemos de desear y pedir una sola cosa: Vivir en Cristo, con Él y en Él. Que nada nos importe más que esto. Amén.

Mn. Antonio Reina